



PENUMBRIA
10a

34

En la tienda de antigüedades del perverso Mefisto de este número 20a encontrarás caballos azules, anfitriones y fantasmas. Vampiros, monstruos, asesinos. Pequeños engendros, insectos, relojes y cuentos.

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-
NoComercial-SinDerivadas 3.0 No portada.

Torre de Johan Rudisbroeck

Aprovechando que del 10 al 13 de julio (como preámbulo al estreno de la serie televisiva *The Strain*) se llevará a cabo la convención virtual sobre Guillermo Del Toro (DelToro-Con), decidimos sumarnos al festejo de uno de nuestros héroes y dedicarle el número 20, que en estos instantes ilumina la pantalla de tu computadora, tableta o dispositivo móvil. La dinámica fue simple: escribir un cuento deltoriano, es decir, que tuviera como eje central la obra de Guillermo Del Toro (utilizar a alguno de sus personajes o al propio Del Toro, partir de una de sus historias o incluir elementos distintivos en su obra, como insectos, mecanismos, monstruos, niños, etc.). Además, por primera ocasión, decidimos también incluir reseñas y ensayos. La respuesta fue tan favorable que nos vimos obligados a publicar dos números: 20a y 20b. Ambos de publicación simultánea.

Así, en la tienda de antigüedades del perverso Mefisto de este número 20a encontrarás caballos azules, anfitriones y fantasmas. Vampiros, monstruos, asesinos. Pequeños engendros, insectos, relojes y cuentos.

Recuerda visitar la convención y compartir este número en redes sociales, utilizando #DelToroCon

Miguel Lupián

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO

Caballo azul

Erika Mergruen

En ese entonces, un amigo me dijo, con premura, que yo tenía que verla, que era para mi, que me iba a encantar. Dejé correr el tiempo, ya hacía años que había dejado de ir al cine, prefería esperar a que pasaran las películas por la tele de paga. Más que una costumbre o desidia, era para cuidar el presupuesto familiar. Todavía las películas para niños eran la prioridad. Ahora tampoco voy al cine, pero es más por el hartazgo que me provocan los guiones y los re-fritos. La verdad, para mi, el cine ha perdido ante las series de televisión.

Pero ocurrió, un día la vi anunciada: *El laberinto del fauno*. La pasaron en un horario ideal: la madrugada, cuando todos dormían y yo no tenía más nada que atender ni páginas por formar.

Vi la película de corrido. Al principio pensé que evocaba ciertos versos de Lorca sólo por el momento histórico. Pero iba más allá de una fecha: todo el ambiente y las imaginé-rías eran lorquianas. Sentí emoción y espanto. Imaginaba que el director había sido capaz de transformar la poesía en una historia de hadas diminutas, monstruos espeluznantes, maternidades, odio y penumbra en cuadros. Lo fantástico que se esconde en las metáforas de Lorca cobraban vida en la pantalla del televisor.

Lo admito, las lágrimas me acompañaron esa noche. Del Toro había materializado la belleza más triste con su historia. Por un momento pensé que al poeta andaluz le hubiera fascinado ver lo que yo veía en solitario, aunque él había visto todo eso en vida sin la necesidad de la ficción del cine. Y yo también lo había hecho, hasta esa noche, con sus letras. Pensé que Lorca niño seguro había sido como la niña Ofelia, pero él había vivido más tiempo para contar sus historias. Pero no el suficiente, porque también a él se le había impuesto el silencio.

Al recorrer ese laberinto, alguien me prestó los ojos de otro. Pude contemplar mi propia desolación, esa que me mueve a buscar libros para esconderme del horror del mundo que no cesa. Supongo que todos tuvimos un fauno en nuestra infancia, a quien ya adultos recordamos como un gran timo. Imagino que casi todos hacemos eco con *Tu infancia en Menton de Lorca*. Sin importar el momento histórico, porque la infancia siempre se quiebra, a menos que la muerte zalamera o una mandrágora mágica inservible pueda dejarla suspendida para siempre en el recuerdo de otros.

A veces creo que yo sí me hubiera ido con el fauno, negando para siempre este mundo, negando su imposibilidad. Hubiera sacrificado a todos, para no ver más las fuentes agotadas de Menton. Pero entonces reconozco que es justo la conciencia de la imposibilidad la que nos mueve a escribir pasajes, a escandir versos, a confeccionar monstruos con ojos en las palmas. Sólo así se crean otros mundos. Sólo así se crea belleza.

Trato de entender la imagen aquella del poeta, «mi caballo azul de la locura», como la imposibilidad vestida de azul. Ese caballo imaginario que no puede detenerse a menos que nadie invente nuevos mundos donde pueda galopar. Ese caballo es como el impulso de todo lo que está prohibido, detenido por una guerra, o por una o miles de muertes.

Sé que Del Toro puede crear mundos, como ha creado el del laberinto del fauno. Un mundo donde yo he imaginado una escena más: un caballo al galope y alguien que lo sigue sólo para descubrir la tumba anónima donde yace la osamenta olvidada de un poeta.

La esencia del fauno es recordarnos que siempre existe algo que nos regresa a la realidad, como quien ve los créditos de una película para luego salir de la sala de proyección. Se ha de regresar siempre a la realidad como la vía única para crear esos otros mundos donde habitarán por siempre el niño de Menton, la niña Ofelia y el niño que fuimos alguna vez. Ahí donde reptan los miedos y los aparecidos, los cuernos terribles de nuestra ilusión y los reinos que, de ya no ser soñados, imposibilitarían cualquier creación. Sólo con la realidad el caballo azul de la locura galopará por siempre.

El anfitrión

Enrique Urbina Jiménez

Meche se *perdió* en el bosque. Regresó llorando, diciendo incoherencias. La muy tonta salió a jugar con las piedras viejas, pero se fue por otro camino, donde los árboles llevan muertos cientos de años, son renegados de la podredumbre. Eso les dijo a sus padres. La verdad es que mentía: ella seguía un antiquísimo camino trazado para ojos infantiles.

Me senté a esperar, ya había comenzado la caza. La fruta creció de la plata. Las copas se llenaron del vino nacido del cristal. El fuego solitario hizo brillar el azúcar de los postres y pasteles. Las paredes se pintaron con la sangre y la mugre y los años que descansan sobre mi morada. Estaba listo.

Su madre muchas veces le había advertido de los peligros del laberinto de hojas y troncos, pero Meche no escuchó porque ya le había dicho al señor que sí, que si iría a su palacio a tomar el té. Él la había invitado a jugar desde hace tiempo. Ella, por miedosa, lo ignoró las primeras noches en que él, en forma de un bicho albino, se acercaba a la ventana. Ciego como la noche, golpeaba sus patas y coraza contra el cristal para llamar su atención. Cuando decidió abrirle, éste le habló a través del tacto de sus finas antenas

y patas. Meche se rió, el paseo de ese animalito sobre su piel le dio cosquillas. El señor, una noche después, dejó una pluma opalescente de pavorreal debajo de su almohada: era un mapa que le indicaba en dónde tenía que buscar la puerta, ella sabría cuáles eran las llaves que servirían para abrirla. Y sin avisar a nadie, Meche salió de casa para visitarlo. En ese momento en el palacio infinito, la pequeña lengua del señor comenzó a salivar.

Dicen que mi casa es el infierno porque los que llegan nunca regresan. Cuentan historias sobre mi morada y se lamentan cuando se dan cuenta de que entraron a ella Los Rancios se prometen no caer en el mismo error, pero aun así siguen procreando... y todavía mi lánguida piel se tensa cuando escucho el grito de fuego que expulsan los Dulces cuando salen del vientre materno. Y siento las sonrisas de los Rancios, los celos de los otros Dulces de su misma sangre y las celebraciones secretas de los Salados, que raramente tocan a mis puertas. Yo los escucho aunque ellos no a mí. Y por eso sentí que se acercaba sin verla, Yy me convertí en piedra, como siempre. Mis dedos y manos descansaban sobre la mesa hecha de madera de árbol extraterrestre como lo han hecho tantas veces. Entre ellas acomodé, en un plato de bronce bendecido, mi preciosa arma: mis ojos.

La llave para la casa del Señor era una piedra blanca, algo como cal. La encontró en donde marcaba el mapa: atrás de las ruinas romanas. Dibujó la puerta en el tronco de un árbol viejo, uno de los pocos que seguían vivos en ese claro. Empujó el rectángulo hacia dentro. Entró a la casa del señor.

Podía sentir al jugoso Dulce pisar la alfombra que lo guiaba al comedor. Mi cuerpo se excitó y cayó en el sueño de las estatuas.

A través de la puerta había un pasillo largo, largo con muchas antorchas. Parecía extenderse hasta más allá del bosque, pero Meche no estaba segura porque no había ventanas ni ruidos de animales, sólo sus pasos. Caminó y caminó hasta llegar con el señor. El señor era horrible, no tenía ojos ni orejas, y su piel era blanca como marfil, como si nunca hubiera visto la luz solar. Sus dedos debían de medir lo que la mitad de un brazo de Meche. Los tallos blancos terminaban en uñas afiladas, como de bruja. Estaba sentado a la cabeza de un festín. El señor era feo, pero la comida que Meche tenía frente a ella era la más deliciosa que había (y habra) visto. Ella esperó unos minutos a que el Señor despertara, porque parecía que estuviera dormido. Se paseó por el enorme salón comedor. Hurgó entre unos hoyos arriba de la fogata que contenían una llave vieja y extraña que no abría nada de lo que hubiera ahí. Guardó la llave y como estaba aburrida fue a comer. Mordió una uva.

Desperté con mi hambre sobrenatural. Cayó en la trampa y el olor de la comida triturada me sacó de mi sueño. Enfundé mis ojos y la vi: el Dulce me miraba aterrorizado.

Meche jamás sabría bien cómo regresó al bosque. Sólo se grabaría en su memoria el dolor y un largo corte en la espalda. El Señor le había mentido: era un monstruo. A veces también sueña haberse tropezado entre montañas de huesos pequeños con un grito sordo persiguiéndola por el pasillo.

Aún recuerdo el sabor de su agua escarlata.

Ahora, años después, un resplandor de ese palacio ataca la memoria de Mercedes.

Fue en medio de la batalla cuando entraron a la casa de Vidal.

Ella y su hermano Pedro rompieron la cerradura del cuarto que aprisionaba a la hijastra del capitán, pero no la encontraron. El único rastro de ella era una tiza recargada en la pared. Junto a ésta, en el muro, había un cuadrado mal dibujado. Mercedes tomó la tiza y recordó muchas cosas. Recordó dos manos largas y puntiagudas, recordó dos ojos con iris incandescentes, recordó el miedo, recordó la llave que arrojó al río, recordó a un pavorreal, recordó la palidez del hombre...

Mecánicamente empezó a dibujar otro cuadrado en el piso...

—¿Mercedes?

La voz de su hermano la despertó del terrible sopor. Por poco Vuelve a la vida la pesadilla que de niña la tuvo muchas noches en vela, suerte que ya era una mujer hecha y los cuentos de hadas ya no la espantaban. Tenía mejores cosas en las que preocuparse, como la guerra o la niña que no aparecía por ningún lado. Salieron corriendo del cuarto. Y Mercedes, sin saber muy bien por qué, guardó con mucho cuidado la tiza en su vestido.

La última noche

Andrés Galindo

*Y así, posando la pluma, cerrando esta confesión
mía, pongo fin a la vida del infeliz Henry Jekyll*

Robert Louis Stevenson

Ayer murieron tres hombres en lo más alto del Muro de la vida. Los cuerpos de dos de ellos, como es normal en estos casos, fueron reclamados por las familias. El tercero tiene una historia diferente.

No vale la pena decir su nombre porque las investigaciones posteriores arrojaron una serie de falsificaciones, cambios de residencia y de identidad. Preguntando entre los obreros, supimos que el tipo era exageradamente reservado. No hablaba con nadie, no frecuentaba a nadie fuera de la jornada y nadie sabía dónde pasaba las noches. Se limitaba a cumplir su función con puntualidad y pulcritud todos los días en lo alto del Muro de la vida, hasta que murió. Muchos dijeron que no fue un accidente, como los otros dos.

Abrimos su casillero para entregarlo a uno de los reemplazos que ya teníamos trabajando. Encontramos lo habitual: ropa de civil, cigarrillos, algunas postales viejas de Hong Kong y una memoria virtual. Eran cosas sin valor, a nadie le interesaban. Yo conservé las postales y la memoria,

sólo por mera curiosidad. Era una especie de diario: notas de viaje, impresiones y recuerdos de esto y aquello.

Lo que sigue es el fragmento más importante de esa memoria. Sé de alguien que pagaría muy bien.

Para que un hombre pase a la historia como héroe es preciso que otros tantos se cubran de lodo. Hoy todo mundo recuerda, por ejemplo, a Edison; pocos o ninguno a Nikola Tesla. No sabemos, o no queremos saber, si Edison, en realidad, sólo fue un advenedizo.

Lo que sí puedo asegurar es que Hannibal Chau siempre fue un embaucador, un arribista, un extorsionador. Yo lo conocí cuando apenas era un ladronzuelo en Nueva York.

Siempre he sido de compleción débil, así que vi en la fortaleza física de Hannibal a un buen socio, a alguien que me protegiera. Eran los tiempos en que aparecieron los primeros kaiju.

Yo, y no él, fui quien intentó el primer enlace con el cerebro de una de esas enormes bestias. Además de charlatán, a Hannibal le gustaba crear toda una leyenda heroica alrededor de su persona. Antes de salir de Hong Kong, todavía alcancé a oír el rumor que luego él repetiría como una verdad incuestionable: había perdido el ojo intentando enlazar con la mente de una de esas bestias. Es irónico, si decimos que el tipo no acostumbraba pensar mucho por sí solo. Era un fanfarrón descerebrado que supo aprovechar una oportunidad.

Yo era un neurocientífico al que nadie escuchaba, tomado por loco. Ninguna universidad y ninguna institución pública o privada quería patrocinar mis investigaciones. Estaba convencido de que se podía descifrar el comportamiento aparentemente errático de los kaiju estudiando su cerebro. Pero, ¿cómo entrar en la mente de una de esas cosas? La respuesta me la dio la robótica y su avance hacia lo que hoy conocemos como jaegers. Como todo mundo sabe,

esos robots del tanaño de un kaiju sólo pueden ser maniobrados creando enlaces neuronales entre dos pilotos. Como digo, yo quería entrar en el cerebro de un kaiju.

Nadie quería sostener una investigación de ese tipo, a nadie le interesaba. Por su parte, Hannibal había ascendido algunos peldaños en la escala del crimen local. Digamos que su nombre era un secreto a voces. Entonces le propuse ir a las ligas mayores. Venderíamos partes de kaijus. Se me ocurrió que Hong Kong podría ser un buen lugar para establecernos. Era una ciudad que había sido atacada varias veces. Y, en consecuencia, se había creado un mercado local. Desde luego, no podíamos ir por ahí, divulgando que nos interesaban los cerebros frescos de kaiju.

A veces la ciencia no es otra cosa que un negocio que lucra con la credulidad de la gente. Nosotros comenzamos nuestro imperio vendiendo polvo de hueso de kaiju.

Al ver fracasados mis experimentos, Hannibal vio la oportunidad de ampliar el negocio y hacerse con el control total. Supe que llegó a vender parásitos de kaiju como mascotas exóticas.

Una noche quiso matarme. Todo fue tan rápido y como una riña callejera. Apenas tuve oportunidad de sacar mi vieja navaja. Lo herí y salí corriendo, abandonando mi carrera, mi nombre y la navaja que había heredado de mi padre, que a su vez recibiera del abuelo, quien había sido general en la guerra del golfo.

Las noticias anuncian cada vez más ataques de kaijus. Yo alcancé a vislumbrar los propósitos de esas criaturas. Ahora sólo espero que a ningún otro idiota se le ocurra hacer un enlace con uno de ellos. En cuanto a mí, sé que pronto vendrán a buscarme.